

Oasis

En los confines del desierto argelino, casi siempre inhóspito, el canto y la oración ayudan a veces a soportar la existencia con un cierto sabor a dicha... Una mañana, el herrero de un pequeño oasis abre la puerta de su taller canturreando alegremente.

Su aprendiz ya ha llegado y prepara el fuego tirando de la cuerda del fuelle de la fragua. Las llamas son vivas y ellos están acostumbrados al olor del humo. El martillo con el que golpea el yunque comienza a marcar el alegre estribillo del herrero, acompañándolo de miles de chispas. El aprendiz, silencioso y bañado en sudor, mira al herrero con gran admiración e incluso orgullo. A medida que trabaja el metal, el rostro ascético del herrero se afirma y cede su tonadilla al sonido del yunque.

Así pasan los días, desde hace varias generaciones, durante los que la labor musical y espectacular del herrero permite arreglar las herramientas de arado de los agricultores.

Por su parte, estos, advertidos por el eco resonante del yunque, se agrupan espontáneamente ante el taller. El herrero cambia su rostro voluntario por una gran sonrisa y recibe a sus huéspedes con unas palabras de bienvenida. Es Salam aleicum. Después, en cuclillas sobre una estera de fibra, beben té, bromean, conversan sobre el estado de los cultivos y el herrero responde a las peticiones de los agricultores. Hoy se ausentan muchos de los habituales. Se entristece... Se queda absorto en extraños pensamientos... Se inquieta.

No lejos del taller se encuentra una plaza cuadrada donde desembocan los callejones umbríos que recorren las casas de tierra ocre, superpuestas unas con otras. Bajo los abrasadores rayos de sol, varias palmeras ofrecen su protección vegetal en cascada. Y justo bajo las palmeras crecen otros árboles frutales, que, a su vez, producen una sombra aún más intensa que favorece el forraje y los cultivos hortícolas. La naturaleza, ayudada por los hombres, se esfuerza por dar vida a este pedacito de edén en lo más recóndito del Sahara.

En una de las esquinas de la plaza, un minarete blanco que hace las veces de atalaya corona las terrazas y escruta los cuatro horizontes. Es la hora de la oración y se escucha la llamada del almuecín desde fuera de la ciudad, hasta la lejanía, en la inmensidad del desierto, allá donde no queda más que arena y pedregales.

Lentamente, en este espacio distante, la voz del almuecín se va alejando y termina por desvanecerse bajo otro ruido: el de un torno metálico, monstruoso y ensordecedor. Allá, entre el tumulto del polvo y el estruendo, varios hombres con el rostro manchado de hulla emergen de un pozo del que se extrae un mineral precioso. Entre estos hombres se encuentran los campesinos ausentes en el oasis...

Una mañana, el taller del herrero no abre sus puertas. Se acabó aquel tiempo delicioso del oasis, tan animado como el Edén. Llegan nuevos tiempos, se acabó el canto secular del herrero, ahora hay que hundirse en las entrañas oscuras de la tierra para desenterrar la sangre negra y el sufrimiento.

Un poco más tarde, en algún lugar del oasis, solo el viento continúa silbando, dejando apenas oír el llanto del aprendiz, que se niega a reunirse con el herrero en la mina.

Traducción de Marí Luz Poncé